

MIGUEL GIUSTI / PEPI PATRÓN (editores)

EL FUTURO DE LAS HUMANIDADES

Las humanidades del futuro

Capítulo 18



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

El futuro de las humanidades, las humanidades del futuro
Miguel Giusti y Pepi Patrón (editores)

© Miguel Giusti y Pepi Patrón, 2010

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: agosto de 2010

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-10828

ISBN: 978-9972-42-936-1

Registro del Proyecto Editorial: 31501361000410

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

HUMANIDADES Y EDUCACIÓN

Constantino Carvallo Rey
Colegio Los Reyes Rojos

«Humanizar» es un verbo extraño porque es difícil de aplicar, en el mismo sentido, a otros seres vivos. Es como si la maduración o el despliegue del ADN no bastaran para constituir lo humano. Parece evidente que hay un aprendizaje fundamental, inconsciente, que va desarrollándose a partir de los vínculos y las relaciones tempranas hasta forjar una «segunda naturaleza», como escribía Pascal, que nos hace propiamente humanos. No se nace humano y eso lo muestra el primer gran pedagogo moderno, el profesor Jean-Marc Gaspard Itard y su esfuerzo por humanizar al niño salvaje, el *homo feris* de Aveyron, inmortalizado en el espléndido filme de François Truffaut. Su fracaso es la muestra del modo como la ausencia de vínculo humano en los primeros años, la falta de comunicación, de relación con otros seres humanos impide ese segundo nacimiento que es obra de la cultura y de la educación. Lo mismo mostró R. Spitz con el fenómeno del hospitalismo y el modo como esos niños sin contacto afectivo, sin cuidados propiamente humanos, no desarrollaban siquiera las ganas de continuar viviendo.

Esa es la tarea primordial de la educación: humanizar al hombre —y a la mujer—. Y en qué consista hacerlo humano está claro que no es fácil de definir. Esa era la pregunta que según Kant resumía a las otras fundamentales: ¿qué es el hombre? Aunque no podamos como educadores responder y exponer una antropología filosófica es necesario que en algún lugar de nuestra conciencia se encuentre un asomo de creencia en cuáles son las virtudes que hacen humano al hombre. De lo contrario nuestras acciones son ciegas, no tienen una finalidad precisa y terminamos siendo instrumento de las necesidades e intereses que se imponen en la sociedad. Este es uno de los errores de la educación peruana, su falta de un fin claro que le dé unidad a las acciones y un destino al país. Esta carencia de un fundamento filosófico, político en el sentido mejor de la palabra, impide que las estrategias o las normas que se dictan sean asumidas por los maestros ya que la falta de intencionalidad las hace incomprensibles o incapaces de motivar su esfuerzo. Por ello el Consejo Nacional de Educación, cumpliendo un mandato de la Ley de Educación, elaboró el Proyecto

Educativo Nacional. Un intento de, dialogando con la sociedad durante cuatro años y recogiendo la consulta que realizó el ministro Marcial Rubio, construir los fines que tendría la educación peruana hacia el año 2021 en el que como nación cumpliremos doscientos años de vida independiente.

Aunque resulte complejo definir los rasgos de la humanidad tenemos, sin embargo, en el lenguaje común un concepto claro de lo que es la inhumanidad. Se juzga inhumano, por ejemplo, subir los pasajes tras el terremoto, o el precio de las velas y los fósforos que adquieren de pronto un inusitado valor, para beneficiarse de la tragedia de los otros. Porque sentimos inhumano al que no sufre con el sufrimiento ajeno o el que no se alegra con la alegría de sus semejantes. La inhumanidad es una carencia moral, una imposibilidad de sentir con el otro. Es la imposibilidad de la compasión. De esta manera quizá «humano» signifique capaz de solidaridad, de misericordia, de simpatía con los otros. El valor supremo de lo humano está, pienso, expresado en la piedad. César Vallejo escribió en 1939 un libro de poemas al que tituló *Poemas humanos*. En él aparece la expresión «hombre humano». Así escribe en el poema titulado *Los nueve monstruos*:

¡Jamás, *hombres humanos*,
hubo tanto dolor en el pecho, en la solapa, en la cartera,
en el vaso, en la carnicería, en la aritmética!

«Humano» es aquí, en todo el libro, un adjetivo calificativo que indica esta cualidad moral de condolerse con los otros. Lo que llamamos educación, entendida como formación, es el esfuerzo por dirigir las influencias que puedan hacer al hombre humano, capaz de sentir la raíz común de esa humanidad. Aristóteles dice en un pasaje de su *Ética a Nicómaco* que: «debemos haber sido educados en cierto modo, como dice Platón, para podernos alegrar y dolernos como es debido, —y concluye— *pues en eso radica la buena educación*»¹. Ser indiferente al dolor ajeno o, incluso, gozar con él son signos de una mala educación. Como lo es el no saber compartir también la alegría ajena o la propia.

La educación es una tarea compleja porque debe dirigirse al mismo tiempo al individuo, a la persona única e irrepetible que tenemos atendiéndonos y al ciudadano, es decir, a ese individuo visto como idéntico, como parte de una comunidad. Debe educar al hombre y a la mujer con nombre propio, con características diversas y no puede perder de vista el modo como estos individuos y sus diferencias podrán contribuir a la justicia y a la paz social. Por eso, porque la finalidad de la educación es el individuo y es la sociedad, es el presente y también es el futuro, es que educamos

¹ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1104b12.

en instituciones en las que se procura la socialización, el aprendizaje personal junto con los otros, al lado de ellos, en la misma escuela o en la misma universidad. Son instituciones marcadas por la convivencia.

Quizá resulta a veces difícil poder llegar al individuo, a la persona, a cada alumno, en medio de una institución que privilegia, a veces sin saberlo, los fines de la sociedad. Se anulan las diferencias entre los seres humanos y se parte de una peligrosa igualdad. Amartya Sen, en su libro *Nuevo examen de la desigualdad*, sostiene que

[...] la potente retórica de la igualdad del hombre a menudo suele desviar la atención de las diferencias. Aunque tal retórica, por ejemplo, todos los hombres nacen iguales, se ha considerado siempre como parte esencial del igualitarismo, las consecuencias de pasar por alto estas diferencias entre los individuos, de hecho, pueden llegar a ser muy poco igualitarias, al no tener en cuenta el hecho de que el considerar a todos por igual puede resultar en que se dé un trato desigual a aquellos que se encuentran en una posición desfavorable².

Forjar la humanidad supone abandonar esta idea de la igualdad de los hombres. Una idea que permitió en el siglo XVI al checo Comenius, admirador de Descartes, fundar la escuela casi como la conocemos hoy, con su división por edades, sus libros de texto, sus clases magistrales. El libro en el que creyó exponer este método infalible lo tituló *Didáctica magna*, al que agregó un subtítulo que ha marcado la inhumanidad de las escuelas: *Cómo enseñarles todo a todos*. Esta creencia en la igualdad, como señala Amartya Sen, perjudica a quienes se encuentran en una posición desfavorable, a quienes tienen capacidades distintas o situaciones diferentes. La escuela que contribuye a la formación humana, a la ampliación de la conciencia y de la afectividad, es la escuela inclusiva, aquella que reconoce y valora la diversidad. Si no se acepta la diferencia, la escuela es una maquinaria de selección y competencia. Una institución inhumana que en el Perú afecta a los más pobres. La escuela y la universidad tendrían, para desarrollar humanidad, que ser comunidades de maestros y estudiantes a quienes no separa la raza, ni la situación social, ni el sexo, ni la religión. Y, en el caso de la escuela, tampoco los separa la capacidad porque el valor que cuenta es el esfuerzo auténtico y la búsqueda sincera de la propia excelencia. ¿Podríamos imaginar una institución que integra a todos los sectores que constituyen nuestra patria? La literatura lo ha mostrado. Y es otra vez el propio Vallejo y su cuento *Paco Yunque*. Si la institución alberga al mismo tiempo al hijo del terrateniente y al hijo del campesino se impondrá la lógica del abuso, de la violencia, de la inhumanidad.

² Sen, Amartya, *Nuevo examen de la desigualdad*, Madrid: Alianza Editorial, 1992.

Necesitamos instituciones que fomenten el encuentro de nuestra diversidad, que construyan el hábito de la fraternidad humana porque la igualdad que se busca no está basada en ocultar las diferencias o en establecer valoraciones y jerarquías a partir de ellas.

No cabe duda que en instituciones que buscan ser comunidades de intereses compartidos los estudios de las llamadas humanidades tienen un significado particular. Porque se trata, como escribe Gadamer, de ciencias inexactas. Y esto porque su tema es precisamente el hombre y el carácter contingente de su actuar. Las humanidades, a las que tendría que agregarse el arte, permiten la conciencia del propio ser y la reflexión sobre la sociedad. Y al ser ciencias que no tienen verdades absolutas permiten la maduración del pensamiento propio y el conocimiento de otras culturas y otras formas de vivir. La condición para que las humanidades contribuyan a la formación y el desarrollo humano es que, citando una palabra también de Gadamer, se entiendan como «conversación». Que una escuela o una universidad tengan en sus programas cursos de humanidades no las convierte en instituciones que puedan ser calificadas de interesadas en la formación humanista. Porque pienso que lo que interesa de las humanidades es el compromiso humano del maestro. No hay cursos de humanidades allí donde el maestro impone los conocimientos y los hace repetir. Donde el maestro no está animado por las virtudes humanas y la materia es transmitida sin pasión, sin auténtica comunicación. Pues la finalidad de estos cursos no es un conocer desaprensivo, una erudición, un incremento del área cognitiva. Las humanidades tendrían que transformar al alumno, influirlo, conmoverlo, hacerlo pensar. Y opinar y discutir. Y aprender a cuestionarlo todo y a buscar comprender lo diferente y lo antagónico, lo que niega nuestro modo habitual de ser. Las humanidades, la historia, la filosofía, la literatura, el arte, deben ser un desafío y una manera de ampliar el horizonte humano para incluir en él a los demás.

Desgraciadamente en el Perú las escuelas no contribuyen a formar estudiantes y personas que se sientan parte de una común humanidad. Por el contrario hay en nuestro país, como lo dice el Proyecto Educativo Nacional, un «apartheid educativo» que impide que los peruanos se encuentren en instituciones que fomenten la convivencia y respeten la diversidad. Tenemos escuelas para los pobres, donde se imparten los conocimientos de manera autoritaria y en los que las virtudes fundamentales son la obediencia y la repetición. Lo ha dicho la Comisión de la Verdad al señalar que el sistema educativo peruano contribuyó a la expansión del pensamiento de Sendero Luminoso por ese culto al maestro como poseedor de la verdad y al texto como fuente de la memorización. No es solo que los cursos de humanidades, como la filosofía, han quedado reducidos a nada por el Diseño Curricular Nacional de Educación Básica Regular, sino que la propia esencia de las humanidades, la búsqueda de la autonomía,

es ajena a los valores que ordenan la vida escolar. Son instituciones violentas en las que la palabra del alumno no cuenta y en las que se acostumbra, de una manera a menudo definitiva, a ver el conocimiento como desvinculado de la vida. El saber escolar no tiene significado porque no es posible cuestionarlo y buscar la verdad. Gadamer tituló una conferencia «Educar es educarse»³, es el alumno el que debe ser agente de su educación. El concepto de agente, dice Amartya Sen, en su sentido más antiguo y elevado se refiere a la persona que actúa y provoca cambios y cuyos logros pueden juzgarse en función de sus propios valores u objetivos, independientemente de que los evaluemos o no también en función de algunos criterios externos. Pienso que la educación en general y los cursos de humanidades en particular buscan desarrollar esa actividad libre de la conciencia. Y ello supone participar con la palabra. Las escuelas forman a alumnos que van perdiendo el interés por saber, que ven en los estudios un mecanismo para aprobar los cursos y pasar al año siguiente. Se produce una apatía radical frente al aprendizaje, a la lectura, porque no hay vínculo entre el conocimiento y su humanidad. En un artículo publicado hace pocas semanas ha escrito Luis Pásara que:

El estudiante —esa condición es la que, literalmente, está en cuestión— asiste al centro de estudios como si hubiera sido forzado por una exigencia externa o no tuviera una alternativa más interesante. Son pocos quienes demuestran, con su actitud y comportamiento, la voluntad de hacerse de conocimientos de los cuales carecen. La mayoría parece estar allí, con poco ánimo, en cumplimiento de una obligación que no ha podido eludir. Si se trata de hacer una lectura, se oye objeciones a su extensión. Si se pide hacer un trabajo, habrá excusas para presentarlo tarde. Incluso si se les pide que vean una película y reflexionen sobre ella —en atención al provecho de usar métodos audiovisuales—, el resultado está marcado por la apatía.

El propio lenguaje que nos humaniza ha dejado de significar.

En un libro muy importante titulado *La palabra permanente*, Juan Biondi y Eduardo Zapata, sostienen que:

El primer reto que tiene que abordar una escuela que opera con alumnos familiarizados con estrategias discursivas orales es aquel de reconstruir la función representativa del lenguaje. Porque para estos alumnos esta función no es habitual en el manejo de su lenguaje. Los modelos discursivos sociales no alimentan esta función. Por eso hay que reconstruirla en la escuela [...] El segundo reto está referido a la necesidad de recuperar sentido en nuestras aulas. Porque, digámoslo ya, la recuperación de sentido es fundamental para la vida democrática. Y esa recuperación de sentido requiere verdad [...] terminamos pidiendo algo muy modesto, pero factible. La recuperación de la conversación en la escuela y en nuestra vida

³ Gadamer, Hans Georg, *Educar es educarse*, Barcelona: Paidós, 2000.

cotidiana. Porque conversar significa eso, intercambiar versiones. Y no tolerar, entonces, versiones únicas. Conversar [...] significa oponerse en el día a día y en el cotidiano a la expropiación del sentido⁴.

Esta expropiación del sentido se manifiesta de manera obscena en las propuestas del Banco Mundial. Se han separado dos aprendizajes que debieran estar unidos: la lectura y la escritura. Se toman pruebas de comprensión lectora a los alumnos a partir de respuestas múltiples, pero redactar, componer un texto, expresarse mediante la palabra escrita ha dejado de ser importante. Porque no es fácil de medir y porque, como escriben Biondi y Zapata, «se está propiciando solo la recepción y no la producción de significado»⁵. Y el alumno se acostumbra así a ser un «engranaje» de un sistema político que no alcanza a comprender y en el que le está negado participar. Así por ejemplo, dentro de una concepción técnica de la educación el Banco Mundial, con gran acogida del sector, ha definido la lectura en función de una magnitud: la velocidad, y ha propuesto que los niños de segundo grado lean sesenta palabras por minuto, los de cuarto un poco más y así sucesivamente. Este estándar, se dice, es suficientemente claro hasta para los padres de familia, quienes con un cronómetro en la mano podrán evaluar la calidad de la escuela.

Las escuelas preparan mal y las universidades no parecen haber reparado en esta incapacidad radical que las escuelas vienen produciendo. Acostumbrados por esta falta de sentido buscan en los estudios universitarios la prolongación de esta enajenación de la voluntad y de la ambición intelectual. Las universidades aparecen como una nueva mecánica de aprobar cursos y acumular créditos para obtener el título profesional. No se busca más. En realidad los estudiantes continúan obedeciendo, esta vez a los patrones culturales, a las modas, a la publicidad. La autonomía que es la condición del pensamiento y de la moralidad no ha sido formada en la escuela y las universidades renuncian a tomar en cuenta esta situación. En realidad, han dejado en muchos casos de ser universidades, es decir, comunidades de personas que buscan, en diálogo mutuo, la verdad. Son institutos de profesionalización de estudiantes. El problema es que de este modo la función social de la educación se ha perdido. Los cursos de humanidades si no se vinculan directamente con el oficio elegido, con alguna mejora en la oportunidad de conseguir un buen trabajo, no son valorados y han desaparecido de muchas de ellas. Hasta ha dejado de ser necesario un espacio físico y hoy muchas universidades tienen decenas de sucursales mediante las que otorgan el título de bachiller o licenciado por correspondencia. Pero, desde el punto

⁴ Biondi, Juan y Zapata, Eduardo, *La palabra permanente*, Lima: Fondo Editorial del Congreso de la República, 2006.

⁵ *Ibid.*

de vista del país, cuál es el sentido de estas fábricas de profesionales. ¿De qué le sirve a la nación un ingeniero si es corrupto y construye un edificio de cinco pisos con estructuras para dos?, ¿y para qué tener un abogado ladrón o un ingeniero agrónomo capaz de torturar y asesinar o un juez que se vende por un plato de lentejas?

Las universidades tendrían que asumir el reto planteado por la catástrofe educativa del país. Catástrofe acentuada por una clase dirigente que da continuamente muestras de inmoralidad a nuestros niños y a nuestros jóvenes, reforzando de ese modo la apatía, el cinismo y la desconfianza en la vida social. Las universidades no pueden suponer que sus estudiantes están ya formados y que simplemente hay que darles materias para estudiar. Tendrían que saber que ellas tienen todavía un deber moral e intelectual, por lo que es necesario fomentar los vínculos mediante el diálogo y la creación de una auténtica comunidad humana. Tienen que acompañar a los jóvenes en su crecimiento intelectual y afectivo, en medio de un clima donde prima la falta de confianza en las instituciones y en la posibilidad de actuar en la vida pública para transformar la sociedad.

¿Cómo han asumido muchas de ellas el reto? Penetrando de la manera más metálica en las escuelas y distorsionando con su agresivo marketing el sentido, ya difícil de mantener, de la educación. Las universidades compiten por los alumnos, a los que consideran ahora como potenciales clientes. Sus sistemas de ingreso no valoran las humanidades que algunas enseñan. Un ejemplo de ello es el desplazamiento del área de «lenguaje» por el del muy instrumental «razonamiento verbal». No se trata de verdadera comunicación y comprensión de un significado que afecta nuestras vidas. Es solo una aptitud, una técnica que se aprende, mediante la repetición de ejercicios modelo. Al alumno este curso le resulta significativo, más que la literatura o la geografía, porque le permitirá ingresar a la universidad. De este modo las escuelas se han convertido en instituciones pre-universitarias y muchas escuelas privadas así se denominan. Y las grandes editoriales han elaborado textos de razonamiento verbal para la secundaria de modo que lo que tenemos hoy en el curso de lenguaje es la forma más impersonal de usar las palabras. No para comunicar sino para resolver preguntas de opciones múltiples. Señalan Biondi y Zapata que:

Las propias universidades, por comodidad didáctica y ante la pérdida de la función representativa del lenguaje entendida como objetividad pura, están jugando el papel de contigüidad sin quererlo. Las pruebas objetivas proponen al estudiante un contexto artificialmente construido, objetivan una realidad que el joven tiene que sentir extraña, pero lo ayudan al plantearle simplemente —con las alternativas— una reacción verbal⁶.

⁶ *Ibid.*

Las universidades tendrían que revisar sus sistemas de ingreso porque el modo como seleccionan a los estudiantes da un mensaje siniestro a la vida escolar. No pueden valorar la formación humanística y que todo lo que el alumno estudió y aprendió con significado no sirva para nada. Desmotiva y hace más difícil la tarea de fomentar el cultivo de las humanidades. Escribir con sentido y corrección, conocer la historia, el país, el ambiente natural o haber adquirido competencias para el estudio no son factores para elegir. Ni siquiera para ingresar a ingeniería hace falta saber geografía. Basta con esta habilidad aprendida mecánicamente en estas áreas de la aptitud numérica y el razonamiento verbal. Luego los profesores de muchas universidades se quejan de la incapacidad de sus alumnos para producir textos, para exponer razonamientos propios o para argumentar. Y sin embargo, estas condiciones del estudiante no se reflejan en las pruebas de selección y por tanto tampoco en las escuelas. Es el efecto mariposa porque las escuelas viven muy preocupadas porque sus alumnos ingresen a la universidad. Es el signo de su calidad. Y harán lo que ellas pidan. Por ello deben pedir humanidades, encontrar el modo de incorporar en sus sistemas de selección la valoración de aquellos conocimientos y capacidades que un miembro de una comunidad que busca el saber debe tener. Y dejar de ingresar a las aulas de los colegios buscando clientes. Y, de verdad, no me refiero a la Universidad Católica. Se ve muy feo todos esos regalos, esos lapiceros con el logotipo, esos almanaques, ese pisco para el director. Y esa simulación de pruebas cuya pregunta fundamental es la dirección y el teléfono del alumno para bombardear su casa con folletos y cartas de invitación y con múltiples maneras de ingresar casi solo con firmar. Muchas universidades muestran ante los alumnos su rostro mercantil, su falta de escrúpulos, su falta de responsabilidad. ¿Cómo se hace para que un alumno del quinto de secundaria continúe interesado en el curso de filosofía que no existe si desde agosto ya ingresó a la universidad y solo espera que acabe el año para que le den el certificado?, ¿se puede tener cachimbos en quinto de secundaria? El Ministerio de Educación, en un arranque de lucidez, lo ha prohibido. Pero ya sabemos que entre nosotros las leyes no se cumplen. Pienso que la transformación de la universidad debiera empezar por el cuestionamiento de sus modos de seleccionar, de valorar al alumno, y tomar conciencia del impacto negativo en la vida escolar.

Finalmente, unas palabras sobre el Proyecto Educativo Nacional. El proyecto no es un plan y por tanto no se refiere directamente a la programación curricular. No habla de cursos de humanidades, pero tampoco de las matemáticas o la física, porque no es su espacio. Trata de señalar grandes fines, un norte hacia el que dirigir la educación. Y sin duda está marcado por la preocupación por la pobreza y la desigualdad. Pero no creo que olvide los fines éticos y humanistas de la educación.

De hecho en la página 22 del proyecto⁷ se dice «Horizonte General: El Desarrollo Humano». Y se señala que: «Proponemos tener en un plazo definido un país donde la realización plena de las personas sea una posibilidad cierta». Y se señalan cuatro dimensiones que permitirían este desarrollo humano: «desarrollo económico y competitividad; bienestar y equidad; afirmación de la institucionalidad democrática; reforma del estado e integración territorial, social y cultural del país». Y agrega lo siguiente que creo no deja dudas sobre el sentido de este documento: «El desarrollo humano constituye, en rigor, el gran horizonte del país que deseamos construir; abarca y da sentido a las demás transformaciones necesarias. Su contenido es *ético* y está dirigido a hacer del Perú una sociedad en la cual nos podamos realizar como personas en un sentido integral. En esta noción están contemplados los ideales de justicia y equidad que resultan, a fin de cuentas, los principios que dan legitimidad a una comunidad».

⁷ Cf. Consejo Nacional de Educación, *Proyecto Educativo Nacional al 2021*, <www.minedu.gob.pe/DeInteres/xtras/download.php?link=PEN-2021.pdf>, 2007.